

Morueña Estringana

A woman with red hair styled in an updo, wearing a white ruffled dress and large earrings, looking over her shoulder. The background is a soft, out-of-focus outdoor setting.

**MI FIERA
ESPOSA**



Las hermanas McAllen I

Morueña Estríngana

Mi fiera esposa

Las hermanas McAllen 1



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Moruena Estríngana, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Fotografía de la cubierta: © Kateriba Upit / Shutterstock

Primera edición en Colección Booket: julio de 2023

Depósito legal: B. 10.761-2023

ISBN: 978-84-08-27556-5

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

Diez años más tarde

ELLE

—Hija, ha llegado una carta de tu marido.

Miro a mi madre. Tras ella hay un lacayo que espera a entregarme la misiva.

—Espero que sea para informarme de que ha muerto —rumio entre dientes haciendo que mis hermanas, que andan cerca, emitan unas pequeñas risas.

No es un secreto para mi familia que odio a mi esposo. A ese ser insensible que en diez años nunca se ha acordado de escribirme para preguntar algo tan simple que cómo estoy.

Al principio de nuestro matrimonio, lo odié por obligarme a ello, pero con cada carta que no llegaba, su frialdad fue afectándome. Me hizo darme cuenta de que estaba desposada con un hombre horrible, y eso acrecentó mi odio y mi creencia de que esa noche, pasara lo que pasara, él estaba implicado en ello.

Solo le agradezco el dinero que mandó a mi padre tras nuestro casamiento y que duró poco en manos de mi progenitor.

Desde entonces, tanto mis hermanas como yo decidimos arrimar el hombro para luchar por nuestra familia.

No han sido unos años fáciles, en los que hemos tenido que salir adelante solos. Que ahora me escriba ese insensible que se casó conmigo para comprar mi silencio solo puede darme escalofríos.

Y sí, tengo miedo de él, pero el miedo lo miro de frente. Incluso temblando y sin aliento, no dejo que me domine. No lo haré con mi marido.

No deseo la muerte a nadie. De hecho, he ayudado a traer vidas al mundo y a salvarlas, pero a mi marido sí le deseo el peor de los destinos. Al fin y al cabo, el mundo se libraría de una escoria como esa. Solo deseo el bien de la humanidad.

Ya me he convencido de que nada bueno habrá en él.

Me limpio las manos y dejo a mis hermanas preparando solas la tarta de manzana para nuestra querida vecina, que ha tenido a su sexto bebé y queremos darle la enhorabuena de esta forma.

Me acerco al lacayo, que alza la mirada. Es más bajito que yo. Mido uno setenta, por lo que soy una mujer alta. No como mis hermanas, que miden un metro sesenta.

Leo la carta tras romper el sello de lacre y, cuando reconozco su perfecta letra, antes de leer nada exclamo sin poder evitarlo:

—¡Maldición! ¡Sigue vivo el desgraciado!

—¡Su excelencia!

El lacayo se santigua. Mi madre pone los ojos en blanco y mi padre se pone rojo de vergüenza, pero no dice nada. Nunca dice nada.

—Era una broma. Me alegro mucho de que siga vivo... mi esposo.

Mi madre niega con la cabeza y leo la misiva.

Mi madre dice que soy igual que mi abuela, que era fuerte y brava y mi abuelo nunca pudo con ella. Claro que tampoco lo intentó, porque la amaba tal como era. Era su guerrera. Aunque quien más se parece físicamente a ella es mi hermana pequeña, Elsie, por su pelo negro.

El mío es cobrizo como el fuego. Como el de mi madre y mi abuelo.

Mi padre es rubio y Molly, mi otra hermana, tiene el pelo como él.

Leo la carta y me va entrando un miedo atroz ante lo que dice, por lo que se espera de mí y por todos los cambios que llegarán a mi vida.

Noto que me tiembla la mano y, tras leerla, se la entrego a mi padre para correr hasta los establos a continuación.

Ensillo mi yegua y salgo a la carrera deseando que todo esto no sea más que una pesadilla. Solo quiero despertar de este horrible sueño que empezó el día en que me pudo más el corazón que la razón.

GRAYSON

—¿Y no hubiera sido mejor hacer ir a tu esposa al entierro de tu padre y no citarla un año después de su muerte?

—No —respondo a mi mejor amigo, lord Middelton.

Sonríe y da un trago a su copa. Estamos en White's, nuestro club para caballeros de Londres. Acabamos de llegar a la ciudad y, como casi siempre, pasamos más tiempo aquí que en nuestras casas.

Me aflojo la corbata mientras pienso en cómo ha cambiado mi vida en poco tiempo.

Una vida que no pedí.

No nací para ser duque.

Mi padre era el pequeño de cuatro hermanos. Estos tenían familia, pero, tras años de matrimonios y de varias mujeres, solo engendraron hijas. Sin quererlo, mi padre se convirtió en el heredero de mi tío tras una serie de infortunios.

Desde ese momento he vivido en la ciudad, disfrutando de las comodidades del marquesado y lo más lejos posible de mi progenitor, hasta que murió hace un año y me convertí en duque de Whitefield.

Cuando supe que debía enviar a buscar a mi esposa, me asfixió la idea de tenerla cerca. Por eso decidí ahorrarle el año de luto y hacerla regresar para cuando empezara la temporada. Así podría distraerse con los bailes, las fiestas o cualquier cosa que entretenga a las mujeres.

Yo, por supuesto, no pretendo formar parte de su diversión.

Acostarme con ella me causa repelús y abusar de mi poder para hacerlo no entra en mis planes. Antes el ducado acaba conmigo que forzarla.

Mi esposa me curó, me salvó la vida, pero, cuando la recuerdo, es como si se me hubiera aparecido un fantasma. Siempre con ese camión blanco, el gorro y tan delgada. Era toda huesos.

Mi padre descubrió quién me había salvado y trazó todo el plan.

Nadie podía saber que había sido herido esa noche y que había estado presente cuando todo cambió...

Acepté porque esperaba que la joven muriera, la verdad. No es por ser cruel, pero no deseaba esa boda. Pensé que, aunque aceptara, ese sería su destino, al ser tan enclenque.

Daba igual lo que yo decidiera, porque, desde que mi padre dictó sentencia, supe que no tenía otra opción.

—¿Y sigues con la idea de invitar a la fiesta en su nombre a tu amante?

—Por supuesto, que le quede bien claro desde el principio que si la toco es solo por dar un heredero al ducado.

—Eres un desgraciado. —Se ríe.

Nos miramos como dos amigos que comparten un secreto mayor que el de nuestras palabras pero que no puede ser escuchado por cualquiera.

Saco el reloj de cadena del bolsillo e ignoro su comentario. Me conoce mejor que nadie y sabe por qué hago cada cosa.

—Hablando de *lady* Camile, me marchó... a hablar de la fiesta.

Las risas de mi amigo me acompañan hasta que salgo de la estancia.

Busco mi carruaje y le digo a mi cochero que me lleve a casa de *lady* Camile, la vizcondesa viuda de Drymeadow. Con quien mantengo una relación de amantes desde hace más de dos meses.

—¿Has mandado a tu modista para que vista a mi esposa? —le pregunto a *lady* Camile en su dormitorio.

—Sí, le confeccionará vestidos que realcen su cuerpo escuálido. —Se ríe y acaricia mi pecho—. Estoy deseando conocerla y ver su cara cuando bailemos juntos.

Lady Camile es una mujer ambiciosa que solo está conmigo por los regalos caros que puede sacarme. Piensa que me creo sus falsos cumplidos o esta fingida condescendencia.

En realidad, le da igual todo con tal de que, tras nuestro encuentro, le llegue un regalo valioso.

—Dudo que le importe mucho —le digo sincero, porque para mi esposa solo soy un acuerdo que le ha dado una mejor posición en su vida y nada más. Como *lady* Camile, solo espera de mí que pague sus caprichos.

—Sabes que todos hablarán de ello.

—No tengo la culpa de ser tan bueno creando entretenimiento para las aburridas chismosas.

Se ríe y se coloca encima de mí para un nuevo asalto.

Estoy en mi entrenamiento de esgrima cuando entra uno de mis sirvientes para informarme de que acaban de llegar mi esposa y su familia a la mansión ducal, en Mayfair.

Dejé aviso de que, en cuanto llegaran, me lo comunicaran.

Pienso en ir, pero al final sigo con mi vida como si nada. Como si no estuviera ligado con esa extraña a la que debo llamar esposa.

Casarme con ella no ha sido lo peor que he hecho en mi vida, pero sí algo que no deseaba. Lo hice por mí

padre, un hombre al que no tengo en gran consideración. Yo merecía poder elegir con quién casarme o por lo menos decidir cuándo hacerlo, no dar ese paso por los deseos de un viejo loco que no quería dejar ningún cabo suelto de esa noche.

ELLE

La mansión ducal asusta. Mi dormitorio es enorme y está unido al de mi marido por un vestidor.

Solo de pensar en tenerlo tan cerca siento como la ira recorre mi cuerpo.

Me avisan de que la modista ha llegado con algunos vestidos para que esté presentable como duquesa de Whitefield.

Cierro los ojos y mi hermana Molly, de diecisiete años, se me acerca y coge mi mano.

—No estás sola —me dice con cariño.

La miro. Sus ojos son grandes y verdes. Su tez, pálida y perfecta. Ella sí parece una duquesa con ese pelo rubio, no como yo, que he heredado el cabello cobrizo de mi abuela.

—Lo sé. —Me da un abrazo al que se une Elsie tras dejar su libreta de notas.

Le gusta anotarlo todo, contar en su diario cada cosa que aprende o ve.

Las tres sabemos leer y escribir porque mi madre, desde que éramos pequeñas, hizo que mi padre pagara por nuestra educación. Gracias a ella hemos enseñado a otros niños que no tenían la posibilidad de aprender.

Por suerte nuestro padre, hasta que me obligó a casarme, siempre ha respetado nuestros deseos, porque

así también no nos metíamos en su forma de llevarlo todo.

Él nos dejaba libertad a cambio de la suya.

La que peor lleva todo esto es mi madre, que más de una vez ha amenazado con cogernos a todas e irnos a Escocia arrastrando a mi padre. Cree de verdad que, si regresáramos a su hogar, todo iría mejor y mi padre dejaría de invertir en negocios que no lo llevan a nada.

Mi padre, en cuanto tiene un poco de dinero, pierde la cabeza en negocios infructuosos y en apuestas con las que contrae deudas que nos ha costado mucho saldar.

Mi madre tiene miedo de que mi padre se pierda en las casas de juego de esta gran ciudad. Y yo también, la verdad.

Él ha prometido que no lo hará, pero no las tengo todas conmigo.

Elsie sonrío. Sus ojos son como los míos, de color aguamarina, pero su pelo es negro como el de mi abuela. Es la más bonita de las tres. A sus dieciséis años ya se nota que será una mujer de las que cortarán el aliento y eso nos puede meter en más de un problema, porque todo lo que tiene de hermosa, lo tiene de inquieta. Lo es mucho más que yo.

Desde niña ha sido un torbellino. Lo quiere saber todo. Aprender del mundo y analizar cada cosa que sucede. Su curiosidad la ha metido en muchos problemas en el pueblo, y los que vendrán.

Me duele que, cuando se marchen, no vaya a ser parte de sus vidas tanto como ahora. Mis hermanas lo son todo para mí.

La modista entra y el ama de llaves me presenta.

En cuanto me ve la recién llegada, se queda pálida.

—¿Hay algún problema? —pregunta el ama de llaves.

—Lo siento, pero los vestidos que hemos confeccionado son para alguien menos... alguien menos...

—¿Alguien menos alta? ¿Menos atractiva? ¿Con menos delantera? —suelta Elsie, ganándose la desaprobación del ama de llaves y sacando desde el principio su lado descarado, ese que no se calla nada, aunque siempre le decimos que aprenda a elegir el momento para decir lo que piensa.

Como la modista no añade nada, Elsie agarra uno de los vestidos para verlo y las tres nos quedamos impresionadas. Parecen hechos para una chica delgada en extremo y sin curvas.

—Los pechos de mi hermana no caben aquí.

—¡Elsie! —grita mi madre, que acababa de entrar en la estancia.

—¿Acaso no puedo hablar de pechos entre mujeres?

—¡No! —Mi madre saca las sales de su bolso para calmarse—. Esto va a ser un desastre. ¡No tendríamos que haber salido del pueblo!

Yo pienso lo mismo y parece que el ama de llaves también, porque asiente sin que nadie se dé cuenta.

Creo que mi marido no es consciente del paso del tiempo y de que ya no soy esa niña enferma que lo curó.

Mi marido...

Cierro los ojos y tomo aire. Dejo a todos atrás y me marchó a las caballerizas, porque de golpe todo parece tan real que siento vértigo.

Por suerte, no tengo que dar muchas explicaciones de mi partida. Es lo bueno que tiene ser una mujer casada, que no tienes que justificar adónde vas. El matri-

monio nos da esta falsa libertad, porque parece que una mujer sin lazos o ataduras no es capaz de pensar por sí misma. Es como si tuviéramos que estar ligadas a un hombre para que nos cuide. ¡No lo soporto!